

Manara, á pesar de las órdenes contradictorias que habia recibido, vino á mi encuentro.

«Haz que salga tu gente, le dije yo entonces, pues ya ves que es menester que volvamos á tomar la *villa*.»

La primera compañía de tiradores, mandada por el capitan Ferrari, antiguo edecan del general Durando, estaba ya desplegada fuera de la puerta de San Pancracio. El valiente Ferrari habia hecho la campaña de Palestrina y de Velletri, habiendo recibido en Palestrina un bayonetazo en la pierna, del que ya estaba curado.

Manara mandó que tocasen á llamada, mientras que Ferrari, reuniendo su gente, vino á tomar las órdenes de su coronel.

Mandó calar las bayonetas, y haciendo tocar á paso de carga, se lanzó sobre el enemigo.

Al llegar á la verja, esto es á trescientos metros del *casino*, cayó sobre él y sus soldados una lluvia de balas. No dejó por eso de avanzar con la cabeza baja hácia la *villa* que arrojaba fuego como un volcan, hasta que el teniente Mangiagalli, tirándole de la levita, le gritó :

¡Mi capitan! — Capitan, ¿no veis que estamos solos los dos?

— Entonces Ferrari miró hácia atrás, y vió que

de sus ochenta hombres veinte y ocho yacian á su alrededor, muertos ó heridos; los restantes se habian batido en retirada. Ferrari y su teniente hicieron otro tanto.

Manara estaba furioso al ver que en mi presencia el resto de su compañía habia abandonado á sus dos oficiales.

Entonces llamó á la segunda compañía, mandada por el capitan Enrique Dandolo, noble y rico milanés, de estirpe veneciana, como lo prueba su nombre ducal. Reuniendo los restos de la primera compañía gritó : «¡ Adelante, Lombardos! es menester dejarse matar ó tomar la *villa* : pensad que Garibaldi os está mirando! »

Entonces Ferrari hizo señas de que queria hablar.

— Vamos, habla, le dijo Manara.

— General, exclamó Ferrari dirigiéndose á mí, lo que voy á deciros no es con intencion de disminuir el peligro, sino al contrario de obtener un éxito satisfactorio. Conozco bien el terreno, porque acabo de abandonarlo, y ya habeis visto que mas me ha costado salir que entrar.

Yo le indiqué que estaba de acuerdo con él.

— Hé aquí lo que voy á proponeros : en vez de ir

directamente por el paseo y de atacar de frente, la compañía de Dandolo se avanzará por la izquierda, y la primera hácia la derecha por detrás del cercado de mirto. Tiraré una piedra á la compañía de Dandolo para avisarle cuando estemos dispuestos al ataque; él me contestará tambien tirándome otra piedra. Entonces nuestras ocho cornetas tocarán á la vez, y nosotros nos lanzaremos al asalto desde el pié mismo del terrado.

— Haced lo que querais, le contesté, con tal de que os apodereis de esa bicoca.

Ferrari partió á la cabeza de su compañía, y Dandolo al frente de la suya.

Dispuse que los acompañase el capitan Hoffsteller con unos cincuenta estudiantes, que tenian órden de ocupar la casa de la izquierda, de que ya tengo hablado, conocida mas tarde bajo el nombre de *Casa quemada*.

Al cabo de seis minutos tocaron las cornetas, y al momento se rompió el fuego.

Hé aquí lo que sucedia.

Las dos compañías resguardadas por el cercado y las viñas habian llegado en efecto sin ser vistas ni oidas, segun habia previsto Ferrari, hasta unos cuarenta pasos del terrado.

Entonces hicieron las señas convenidas, y al so-

nido de las cornetas mis valientes bersaglieri se lanzaron al asalto.

Pero desde la azotea, del salon grande del primer piso, de la escalera circular por la que se subía á él, y de todas las ventanas salió un fuego horroso.

Dandolo cayó á tierra atravesado por una bala, el teniente Sylva fué herido al lado del capitan Ferrari, y el subteniente Manchis recibió casi al mismo tiempo dos heridas, una en el muslo y otra en el brazo. Los bersaglieri á pesar de todo, guiados por su capitan Ferrari, pues Dandolo yacia muerto, haciendo un esfuerzo desesperado marchaban adelante: pronto escalaron la azotea y rechazaron á los Franceses hasta la escalera circular de la *villa*.

Allí se agotaron sus fuerzas: tenian de frente y por los lados á los Franceses, que tiraban sobre ellos casi á quema ropa, y cada bala dejaba en tierra á un hombre.

Yo los veia, obcecados por su valor, caer en tierra inútilmente, seguro de que se dejarian matar hasta el último sin resultado alguno.

Mandé tocar á retirada.

Contaba yo con dos mil hombres; los Franceses tenian veinte mil: me apoderé del *casino* Corsini con una compañía, ellos lo recuperaron con un re-

gimiento. Era porque los Franceses comprendian, como yo, cuán importante era aquella posicion.

Los bersaglieri, la mayor parte heridos, se unieron á mí, dejando cuarenta muertos en el jardin de la *villa*.

Me decidí á esperar la llegada de nuevas tropas.

Mandé á Orrigoni y á Ugo Bassi á la ciudad, con orden de enviarme cuantos soldados encontrasen; porque, para tranquilizar mi propia conciencia, queria hacer el último esfuerzo.

Puse á mi gente al abrigo de nuestros adversarios detrás del *Vascello*, y esperamos así cerca de una hora, hasta que llegaron mezclados unos con otros estudiantes, aduaneros, algunas compañías de línea, el resto de los bersaglieri lombardos, y fracciones de todos los cuerpos.

Marina venia á caballo en medio de ellos con unos veinte lanceros. Despues de haberse hecho curar la herida, volvía á la accion.

Entonces salí del *Vascello* con unos cuantos Dragones, y al verme mis soldados lanzaron gritos de « ¡ Viva Italia, viva la República romana ! »

El cañon tronó desde las murallas, y las balas que pasaban sobre nuestras cabezas, anunciaron á los Franceses un nuevo ataque. Todos juntos, en el ma-

yor desórden, Marina á la cabeza de sus lanceros, Manara al frente de sus bersaglieri, y yo al frente de todos, nos lanzamos sobre la *villa*, que no diré que fuese difícil de tomar, pero sí inconservable.

Llegados á la puerta no pudieron entrar todos á la vez; el torrente se extendió á derecha é izquierda, y unos se convirtieron en tiradores colocándose en los costados de la *villa*, otros escalaron las paredes y saltaron al jardin, y por último otros se avanzaron hasta la *villa* Valentini, se apoderaron de ella, é hicieron varios prisioneros.

Entonces pasó una cosa increíble ante mi vista. El intrépido Marina á la cabeza de la columna y seguido de algunos lanceros cruzó á escape el espacio, salvó el terrado, y al llegar al pié de la escalera, clavando las espuelas en el vientre de su caballo, le obligó á subir los escalones á galope, de tal modo que un momento despues apareció en la meseta del gran salon, como una estatua ecuestre.

Esta apoteosis solo duró un instante: una descarga á quema ropa echó por tierra al jinete, y el caballo cayó encima de él atravesado por nueve balas.

Manara llegó entonces, guiando una carga á la bayoneta, á la que nada pudo resistir, y en un momento la *villa* Corsini cayó en nuestro poder.

El combate fué corto pero sublime.

Los Franceses reuniendo todas sus reservas dieron en masa una carga, antes que yo tuviera tiempo de contener el desorden que sigue siempre á la victoria. La lucha principi6 mas encarnizada y mas sangrienta que antes; y entonces ví retroceder cerca de mí, rechazados por el hierro y el fuego, dos elementos irresistibles de la guerra, á los mismos que un momento antes habian avanzado.

Entre los heridos que retiraban iba el valeroso teniente Rozat.

— Ya he pagado mi deuda, dijo al pasar junto á mí, y enseñándome su pecho ensangrentado.

He presenciado combates horrorosos; he visto el de Rio Grande, el de la Bayada, el del Salto de San Antonio, pero ninguno semejante al de la *villa Corsini*.

Me retiré el último, con mi poncho acribillado á balazos, pero sin la mas leve herida.

Diez minutos despues, nos hallábamós otra vez en el *Vascello*, en toda la línea de casas que estaban en nuestro poder, y rompimos el fuego desde todas las ventanas contra la *villa Corsini*.

Pero todo era ya inútil.

Sin embargo por la noche se me presentaron unos cien hombres á las órdenes de Emilio Dandolo, padre del muerto, y de Golfredo Mameli, jóven poeta

genovés de gran porvenir, pidiéndome que se hiciese la última tentativa.

— Haced lo que queráis, amigos míos, les dije: quizás Dios os inspira.

Al punto partieron, y no tardaron en volver habiendo perdido la mitad de los suyos.

Emilio Dandolo traía el muslo atravesado, y Mameli una herida en la pierna.

Este dia sufrimos pérdidas enormes.

La legion italiana tenia, entre muertos y heridos, cincuenta hombres fuera de combate.

Los bersaglieri, de los que solo habian tomado parte en la lucha unos seiscientos, tuvieron ciento cincuenta muertos. Las demás pérdidas estuvieron en igual proporción, ascendiendo la pérdida total de mi division de 4,000 hombres á 1,000, entre los que se contaban 100 oficiales.

En el parte que Bertani extendió por la noche aparecian 180 oficiales heridos tanto en la *villa Corsini* como en la puerta del Pueblo, y solo los bersaglieri tuvieron dos oficiales muertos y once heridos.

Los oficiales muertos fueron el coronel Daverio, el coronel Marina, el coronel Pollini, el mayor Ramorino, el ayudante mayor Peralta, el teniente Bon-

net, el teniente Cavalleri, el subteniente Grani, el capitán David, el teniente Larete y el teniente Cazaniga.

Durante la lucha hubo rasgos de valor verdaderamente admirables.

En la última carga Ferrari y Mangiagalli, que no habían podido seguirnos, se lanzaron con unos cuantos hombres sobre la *villa* Valentini. Encontraron una gran resistencia y tuvieron que pelear de escalera en escalera, de cuarto en cuarto, y no con los fusiles, porque los fusiles eran ya inútiles, sino con los sables. A Mangiagalli se le rompió el suyo por la mitad, y con uno de los pedazos se defendió é hirió con tanto acierto, ayudado también por Ferrari, que se apoderaron de la *villa* Valentini.

El sarjento furriel Monfrini, jóven de diez y ocho años, fué á curarse la mano que tenía atravesada por un bayonetazo, y al cabo de un momento vino á colocarse en su fila.

— ¿Qué vienes á hacer aquí? le dijo Manara; con esa herida, no vales para nada.

— Dispensad, coronel, contestó Monfrini, *soy uno mas*. — Este valiente jóven fué muerto en la lucha.

Sabiendo el teniente Bronzelli que su ordenanza, á quien profesaba verdadero cariño, había sido muerto en la *villa* Corsini, penetró durante la no-

che con cuatro hombres de resolución en ella, retiró el cadáver de su amigo y lo enterró con fraternal cariño.

Un soldado milanés, d'alla Longa, vió caer al cabo Fiogani herido de muerte, en el momento en que el enemigo nos hacía retroceder. No queriendo dejar el cuerpo de Fiogani en poder de los Franceses, se lo cargó en las espaldas, y antes de andar veinte pasos cayó muerto de un balazo junto al cuerpo moribundo de su amigo.

Todo el ejército se conmovió ante el amargo dolor del teniente Emilio Dandolo. Ya tengo dicho que él y Mameli me habían pedido permiso, y yo se lo había otorgado, para cargar por última vez contra el enemigo.

Dandolo entró en la *villa* Corsini, y solo pensó en buscar á su hermano, á quien él hacía herido ó prisionero. En medio del fuego gritó á su compañero: «¿No habeis visto á mi hermano?» y olvidándose enteramente del peligro que le rodeaba, se acercaba á los heridos y á los muertos, preguntaba á aquellos por su hermano, y examinaba á los últimos.

En esto llegó una bala y le atravesó el muslo: Dandolo cayó en tierra, y al punto se lo llevaron sus compañeros.

Cuando le hubieron hecho la primera cura en el hospital de sangre, se levantó y apoyado en un baston y cojeando, se puso á buscar á su hermano. Por fin entró en la casa en que se encontraba Ferrari, y en la que estaba tambien el cadáver de Enrique Dandolo. Ferrari, sin fuerzas para resistir á la impresion de un dolor tan fuerte como el que presentia, cubrió el cadáver con una capa.

Emilio entró en la habitacion, preguntó con insistencia á todos, y todos respondieron que Enrique Dandolo estaba herido, habiendo sido probablemente hecho prisionero. Ninguno se atrevia á decir que yacia allí muerto.

Mas al fin como era preciso que tarde ó temprano supiese la fatal noticia, rogaron todos á Manara que se la anunciase. Al pasar por delante de una de las casitas tomadas por los Franceses, Manara le hizo seña de entrar.

Todos los que estaban en la habitacion se alejaron. -- No busques mas á tu hermano, querido amigo, le dijo apretándole la mano : desde hoy yo lo seré.

Dandolo cayó en el suelo herido mas todavía por la terrible noticia que debilitado por el dolor que le ocasionaba la herida y la pérdida de sangre.

Al poco rato dos hermosas jóvenes se hallaron delante de su padre, á quien conducian muerto.

Una de ellas cayó desvanecida sobre el cadáver para levantarse loca.

Una madre al ver á su hijo moribundo, no pudo derramar ni una sola lágrima : la infeliz murió al cabo de tres dias.

Por el contrario un padre, cuyo nombre quiero ocultar para no denunciarlo al odio de los curas, viendo que su hijo mayor estaba herido de muerte, me trajo el segundo de edad de 13 años, diciéndome : *enséñale á vengar á su hermano*. No hubiera hecho mas su antepasado Horacio.